

AC 01 177

Acceso a la Universidad Nacional de Educación a Distancia y también para los que quieren saber algo más. Temas, orientaciones, charlas, comentarios, seminarios radiofónicos. Todo esto es Acceso UNED.

De diez a diez y media de la noche, hora peninsular, de lunes a viernes. Programas interdisciplinarios e informativos de nueve a nueve y media de la mañana, hora peninsular, en sábados alternos. Buenas noches, nos vamos a ocupar en literatura del pensamiento ilustrado, siguiendo textos que ha escrito María Paz Marsá.

Durante bastante tiempo en la metodología de la literatura se ha separado al autor de su entorno, no haciendo referencia a los hechos culturales de su época más que de pasada. Pero el entorno social y cultural enmarcan a un autor y contribuyen a conformar su personalidad y su obra. Tan solo se ha hecho referencia a algunos retazos significativos.

Que Lope era un picaón, que Quevedo conspiró contra el conde Duque de Olivares y escapó en la Conjuración de Venecia disfrazado de mujer, o que Larra se suicidó pegándose un tiro ante el espejo porque le abandonará Dolores Armijo. O que casi al mismo tiempo Teresa agonizase en los brazos de Espronceda, tísica, en un tugurio de Londres, desesperada porque no le habían permitido ver a sus hijos antes de morir. Ha habido situaciones en las que los profesores y manuales de literatura han dado una visión crítica y completa del entorno ambiental o trasfondo lingüístico en que se mueve la obra literaria.

Pero lo cierto es que la tónica general ha sido la de trivializar al autor y al texto literario, aislándolo de un estudio objetivo y profundo de su contexto referencial. La literatura así se ha hecho monótona, árida y difícil de remontar, como un mero aprendizaje de nombres de autores y títulos de obras. Lo poco que se aprendía se perdía en la memoria por banal.

Así se han estudiado durante mucho tiempo los autores ilustrados del siglo XVIII y por eso han despertado poco interés. Hoy, afortunadamente, contamos con perspectivas más científicas para comprender a una época, a sus escritores y a sus textos. En el siglo XVIII, época del despotismo ilustrado, el poder adopta por vez primera una actitud progresista y renovadora.

Se eleva a cargos de responsabilidad, por real orden y real decreto, a personas capacitadas por su experiencia y competencias administrativas, antes que por el rango de sus apellidos. Con el fin del siglo XVII acaba también una dinastía, la de los Austrias. Carlos II, su último rey, motejado por el pueblo como el hechizado, al morir sin descendencia, deja vacante el trono español.

España sufre en literatura en estos momentos un ataque de epilepsia conceptista y culterana, que la tenían rendida y exhausta, sin fuerzas para reaccionar. Emilia Pardoba Zan ha investigado este momento histórico, dejándonos un testimonio colorista y muy vivo del estado en que se encontraba el lenguaje literario. Esto dice doña Emilia.

A las doctas enseñanzas retóricas de los Granadas, se refiere a Fray Luis de Granada, sucedía en las letras y oratoria sagrada el más desenfrenado culteranismo, conceptismo y equivoquismo. Desde tan alto lugar caímos al estilo alambicado y descoyuntado, relleno de metáforas, tropos, luces, estrellas, soles y epiciclos. Y a sermones con cláusulas a la Virgen como esta, tan celebrada por el padre Isla.

A Maltea sacra, nuestra emperatriz excelsa, a riesgos de perlas, a fomentos de suspiros, anuncia su corazón sacra cornucopia de celestiales flores. Es comprensible que las personas cultivadas del país acogieran con alivio la reforma correctora de semejantes desmanes lingüísticos. España estaba en un grave estado de decadente desidia económica, social y cultural.

Recordemos algunos juicios de personas eminentes. Para Voltaire, España en 1700 había descendido a mero esqueleto de cuanto había sido. Macanaz, jurista y prócer de la época, fue más sintético en su formulación.

España se podía comparar al cadáver de sí misma. Olavide, economista, político y escritor. Personaje ilustre del siglo que, al igual que Macanaz, tuvo que salir de España porque la Inquisición le formó proceso, condenándole por hereje.

Olavide hizo un juicio más explícito. España era un cuerpo sin vigor ni energía, cuya constitución la formaban una serie de miembros que no se unían entre sí, sino que cada uno se separaba de los otros, exaltándose a sí mismo. En este estado de cosas, los países europeos propician la subida de Felipe V al trono de España, porque era nieto del rey Sol y de una infanta española.

Fue de esta manera como los Borbones se entronizaron en nuestro país. Este hecho trajo como consecuencia que se manifestara en modas y costumbres la invasión del gusto francés. No puede olvidarse que Francia había adquirido un liderazgo cultural incuestionable en Europa.

Felipe V, nieto del rey Sol, primer Borbón, llega en 1700. La opinión internacional y nacional sobre la situación de España y sobre el último Austria, Carlos II, es muy negativa. Y con los Borbones llegan modas y gustos franceses.

La tendencia hacia lo monumental, lo patético, lo ceremonial y lo solemne, que en las estribaciones del barroco siglo XVII había alcanzado techos desproporcionados, desaparece ahora en el siglo XVIII, siglo de la Ilustración, en todos los órdenes, pues se vuelve al formato sencillo y sereno que pretendía ser reflejo de un concepto puritano de la vida. Estamos en un momento álgido de la asunción del gusto burgués, que conjuga criterios convencionales con una complacencia por lo íntimo y lo espontáneo. Este nuevo formulario inspiraría las obras del padre Feijó, los escritos de Jovellanos, las cartas marruecas de José Cadalso, el Emilio de Gusó y las comedias de Moratín.

La burguesía renovadora y la aristocracia ilustrada se fundieron en una nueva clase cultural.

Era en los salones ilustrados donde se gestaban las reformas, se discutían proyectos y se calificaba a los aristócratas tradicionales de inútiles estorbos entre los ciudadanos, porque impedían la unión de sus riquezas con la industria, la productividad y el trabajo. La celosa nobleza tradicional, apoyada por sectores de la iglesia, mantenía una resistencia constante contra lo que consideraba merma de sus privilegios.

La Inquisición era el arma de estos sectores tradicionales que, sin tener el gran peso de antaño, sí podía frenar o desviar las intenciones renovadoras. El pueblo, fanatizado e inculto, se sentía hostil hacia lo que juzgaba como extranjerización del poder. Esto se materializó en tiempos de Carlos III en el motín contra Esquilache.

Se trató de introducir una serie de reformas impulsadas por la necesidad de europeizar el país, sustituyendo la tradición por la razón y tratando de formar el espíritu científico mediante la educación y el dominio de la técnica. Pero el deseo de reforma no pasó de intento. El desequilibrio era tan profundo que no pudo superarse.

Olavide, ministro de Agricultura, no pudo lograr la modificación agraria. Los avances de la industria solo fueron parciales. Finalmente, las guerras interiores primero y con Inglaterra después, las hambres, la peste, la revolución francesa y la invasión napoleónica dieron al traste con la reforma.

Los aristócratas ilustrados se dividieron y el pueblo, espectador de la reforma, se radicalizó con la expulsión de los franceses y en líneas generales identificó a los liberales con el invasor. La etapa reformista quedó cerrada definitivamente en 1814, cuando Fernando VII, aclamado por la muchedumbre, derogaba la Constitución de 1812, declara inspiración liberal e instauraba el despotismo sin ilustración. Empezaba el calvario para los liberales, emigrados en Europa, muertos o apresados en España.

El espíritu de ascenso burgués del XVIII inspira a Jovellanos, al padre Feijó, a Cadalso y a Moratín. En los salones ilustrados se gestan reformas, se discuten proyectos y se critica la aristocracia. La etapa reformista iniciada en el XVIII se paraliza en 1814, retorno de Fernando VII, que inicia una feroz represión absolutista.

En el XVIII hemos de referirnos por fuerza a la enciclopedia francesa. Esta obra colectiva expresa un ambiente general y plenamente asumido por la conciencia intelectual europea. El diccionario razonado de ciencias, artes y oficios constaba de 17 volúmenes publicados entre 1751 y 1772.

La enciclopedia coordinó una enorme red de colaboradores, todos ellos miembros de los salones del pensamiento y de las academias de ciencias y artes europeas. Eran las primeras figuras en todas las ramas del saber, incluidos los artesanos, que accedieron a exponer sus conocimientos en un trabajo colectivo de gran alcance. La dirigieron Diderot y d'Alembert y participaron en su confección, entre otras muchas figuras, Montesquieu, Voltaire, Rousseau y Fontenelle.

Este último dirigiría el área de ciencias exactas. La obra se convirtió en arma de combate para la burguesía reformista de todos los países. Desde ella se polemizaba en torno a problemas financieros, comerciales y agrícolas.

En ella se argumentaba razonadamente la igualdad política y jurídica entre aristócratas y burgueses, haciéndola extensiva a las clases inferiores. Se criticaba el poder temporal de la iglesia. Proclamaba el objetivo de conseguir en esta tierra la felicidad, como símbolo de bienestar social, para todos los hombres, gracias al empleo de la razón y a los infinitos logros de la ciencia.

En el campo del conocimiento se abría una nueva perspectiva. Se rechazaban las ideas innatas, externas al entendimiento, y se armonizaban campos tan dispares hasta entonces como el biológico, físico-químico, cultural y espiritual, identificándose con las tesis de Newton en que las leyes que rigen el comportamiento de la naturaleza son necesariamente comunes para todo lo creado. También atisbaban el evolucionismo que Darwin, un siglo más tarde, desarrollaría plenamente.

Todo un reto para el antiguo régimen, que habría de provocar mucho más que una revolución de los espíritus, como modestamente vaticinara Diderot. La Inquisición, en el año 1787, solo en Madrid, incautó 1700 ejemplares de la edición francesa de la enciclopedia. La enciclopedia, arma de combate de la burguesía reformista de finales del siglo XVIII, que armoniza a perspectivas científicas, biológicas y físico-químicas con espirituales, culturales y políticas, perseguida en España por la Inquisición.

Pasando ya a España, en este siglo XVIII, aparecen instituciones culturales de nuevo cuño. Nos interesa destacar dos referidas al ámbito del lenguaje y organizadas de acuerdo con modelos europeos de Italia y Francia. Nos referimos a la Biblioteca Nacional y a la Real Academia Española, que funcionaban ya a la altura de 1714.

La Academia de la Lengua se gesta con la intención de recoger y guardar las normas lingüísticas de uso, sin pretender imponerlas. Empezó enseguida la confección de un diccionario, cuyo propósito inicial reproducimos aquí. Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases y modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua.

Los componentes de la Academia aceptaron el lenguaje popular por considerarlo suficientemente representado en textos escritos de nuestros mejores autores, tales como La Celestina, El Lazarillo o El Quijote. Para la confección del diccionario, se tomaron como autoridades lingüísticas la poesía popular y el refranero. A la vez, se incluyeron casi todas las voces del lenguaje de Germanías, usadas por los gitanos y los preciados de Guapo, porque el público las encontraba en comedias y sainetes como los de Don Ramón de la Cruz, y eran voces genuinas castellanas.

Para la ortografía, que carecía de normas estables, la Academia aceptó el uso que hacían de

ella los escritores de reconocida solvencia literaria, tales como Cervantes, Góngora o Quevedo. Se fijó el uso de algunas grafías C, Q, U, V y H. Academia de la lengua, para recomendar el uso correcto de la lengua castellana y confeccionar el diccionario. Se basa en nuestros mejores escritores y fija el uso de algunas grafías.

El primero de los autores de la ilustración española que recoge las aportaciones de las nuevas concepciones sobre el lenguaje y científicas del siglo es Benito Jerónimo Feijó. Feijó tomó el hábito de monje benedictino a los 16 años, y poseído por una infatigable curiosidad científica desde el callado rincón de su celda, se dedicó a comprender a Galileo, Bacon, Descartes, Newton, Pascal y Locke. A efectos didácticos separó en dos vertientes la esfera del entendimiento, la revelación y la demostración.

La primera la desarrollaba en su cátedra de teología de Oviedo, que ganó con 33 años. La segunda, la demostración, fue objeto de sus publicaciones. Ambos planos no se interfirieron jamás en su obra.

Él lo expresó divinamente. Quien no observare diligente aquellos dos puntos, o uno de ellos, según el hemisferio por donde navega, esto es, el primero en el hemisferio de la gracia, el segundo en el hemisferio de la naturaleza, jamás llegará al puerto de la verdad. Feijó se afirmó como polemista nato.

Refutaba desde el convento a sus oponentes con la seguridad que le proporcionaba su vasto conocimiento. Para él el mayor placer era Estar tratando todos los días con los hombres más racionales que tuvieron los siglos todos. En ocasiones su estilo se cargaba de malicia contra los que censuraban sus escritos.

Más dignos de compasión que de enojo, pobres incapaces, condenados a ignorancia de por vida, cabezas de cal y canto, cerebros amasados con el error, calloso por todas partes el discurso, para quienes toda novedad es mentira, toda vejez axioma. Feijó publicó sus obras ya en plena madurez, inducido por sus compañeros de la orden. Entre 1726 y 1732 aparecieron los seis volúmenes del Teatro Crítico Universal y poco antes de su muerte, en 1760, aparecía el último de los tres volúmenes de sus cartas eruditas y curiosas.

Su obra está concebida a modo de miscelánea, en la que se tocaban innumerables temas. Trataba de combatir errores comunes y supersticiones fuertemente asentadas en el tejido social. Renunció a la originalidad porque... Proponer y probar opiniones singulares sólo para ostentar ingenio, téngolo por prurito pueril y falsedad indigna de todo hombre de bien.

En una conversación se puede tolerar por pasatiempo, en un escrito es engañar al público. En las cartas rebatió duramente el arte magna de Elulio, que en nuestras universidades se tenía como paradigma en la teoría del conocimiento. No viene a ser más que una especie nueva de lógica que después de bien sabida toda, deja al que tomó el trabajo de aprenderla tan ignorante como estaba.

Feijó consideraba que el arte era la naturaleza y su observación la única fuente del conocimiento científico. Fue tal la virulencia de los ataques, él llamaba papelones a los libelos que recibía y se molestaba en contestarlos puntualmente. Que como enuncia Carmen Martín Gaité, el país se dividió en pros y contra feijosistas.

En desenfrenada lucha que rebasaba los límites de la especulación para entrar en las amenazas. Ante semejante clima, el rey Fernando VI haciendo uso del despotismo que sus atribuciones le conferían, emitió una real cédula que prohibía las impugnaciones a Feijó y naturalmente la impresión de las mismas. La polémica se mantuvo de alguna forma durante el siglo XIX, así Menéndez Pelayo acusó a Feijó de abandono de estilo, copia de galicismos y de ser semejante a un periodista en sus peores momentos.

Para Pardo Bazán, en cambio, nadie como él supo asociar a los profanos a cuestiones y problemas de estética, filosofía y ciencias. Ya en este siglo, Marañón le tiene por el creador del lenguaje científico que la única elegancia que se permite es la de la claridad. Su mérito está en saber conjugar los caracteres esenciales de la buena prosa didáctica, la fluidez, la eficacia persuasiva, la claridad y el tono familiar que tanto cautivan al lector.

Teatro crítico universal y cartas eruditas y curiosas, dos de las principales obras que hemos de recordar de Feijó. Criticó la teoría del conocimiento de Raimundo Lulio. Defiende la observación como la única fuente del conocimiento científico.

Controvertido, por unos criticado y por otros defendido, especialmente en su siglo, quizá porque fue un adelantado para su época, y posteriormente ha sido cada vez más ensalzado. Otro autor contemporáneo de Feijó fue Diego de Torres y Villarroel, cuya figura fue el anverso de la sosegada imagen de Feijó. Clérigo y catedrático de matemáticas en la Universidad de Salamanca, don Diego nunca abandonó una vida social muy activa que alimentaba con abundantes viajes a la corte.

Era también autodidacta, pero le divertía más manipular la naturaleza que observarla. Se dedicó a estudios diversos como todos los ilustrados, pero se aplicó sobre todo en ciencias ocultas, que tenían nombres tan sonoros como crisopeya, mágica, transmutatoria y separatoria, de los que Feijó había dicho que eran voces sin significado, que no habían salido de los espacios imaginarios. Torres cultivó, además de estas ciencias y la matemática, la astrología y la astronomía.

Aplicaba estos conocimientos a confeccionar unos almanaques curiosos en que, a manera de oráculo, escribía predicciones, anunciaba catástrofes y aludía a hechos concretos. Es famosa su décima en la que pronosticaba la caída de la monarquía francesa. Por causa de estos calendarios sufrió pena de destierro.

Fue un autor al que calificaremos de jocoserio, profundamente enraizado en la cultura barroca, desde una admiración sin límites a Quevedo, que manifestó al hacerle presidir una de sus obras de corte neoclásico, Los sueños morales. Su prosa, fuerte y compacta, manifiesta una

habilidad indiscutible. Su desenfado, más aparente que real, trasluce una vanidad casi ilimitada en la complacencia de sí mismo.

Su lectura es apasionante. Ofrecemos como ejemplo un fragmento de la obra titulada Vida de don Diego de Torres Villarroel. Ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras.

Es una novela autobiográfica enmarcada en la fórmula picaresca. En este trozo se pone a salvo de los críticos de la siguiente forma. Por desarmar de las maldiciones, de los apodos y las cuchufletas con que han acostumbrado morder los satíricos de estos tiempos a cuantos ponen alguna obra en público.

Por encubrir con un desprecio fingido y negociante mi entonada soberbia. Por burlarme sin escrúpulo y sin sosiego descansado de la enemistad de algunos envidiosos carcomidos. Y por reírme finalmente de mí propio y de los que regañan por lo que no les toca ni les tañe, puse en mi cuerpo y en mi espíritu las horribles tachas y ridículas deformidades que se pueden notar en varios trozos de mis vulgarísimos impresos.

Muchas torpezas y monstruosidades están dichas con verdad, especialmente las que he declarado para manifestar el genio de mis humores y potencias. Pero las córcobas, los chichones, tiznes, mugres y lagañas que he planteado en mi figura, las más son sobrepuestas y mentirosas. Vemos que a través de una distorsionada explicación, justificando la caricatura que da de su propia persona, lo que hace es una descripción moral de su carácter.

Es lo que en retórica hemos estudiado como etopeya. Diego de Torres y Villarroel, experto en ciencias ocultas, matemáticas, astrología y astronomía. Gran deudor del barroco y de Quevedo, perseguido por sus ideas.

Y vamos a hablar ahora de la poesía española del siglo. Para eso debemos detenernos antes en considerar la poética de Luzán, perceptiva, analítica y crítica sobre el arte de la versificación y todo lo que a él concierne. Aparecido en 1737 y en donde se dan las pautas que rigen en toda la ilustración.

La poesía es definida como arte que imita la naturaleza, por lo que participando de su diversidad podrá tocar todos los temas. Lo literario y lo artístico quedará definido y sancionado por el público, a quien el poeta debe buen juicio y respeto. La finalidad de la poesía estará en ser de utilidad, haciendo felices a los demás y procurando deleite y enseñanza en el auditorio.

La poesía en estas circunstancias deberá responder a la verdad y evitar la desproporción y la oscuridad. No niega mérito a Góngora, pero le considera extravagante y equivoco en alguno de sus poemas. Sí apoya, en cambio, la vertiente popular de la poesía, porque carece de mañas resonantes y pomposas.

Aconseja rehuir siempre la cargante afectación y los giros arcaizantes que restan comprensión al auditorio. La restauración del buen gusto sólo se conseguirá a través de la claridad en la oración y la propiedad y pureza de las voces empleadas en la elocución. Al enjuiciar la poesía

dramática es muy severo con Lope y Calderón.

A Lope le acusa de hacer sus comedias por encargo de las compañías de cómicos sin cuidado de la calidad, trivializando y confundiendo los hechos históricos sin respeto a la realidad de los mismos y equivocando, por tanto, a un público indocto. A Calderón le censura sus enredos argumentales complicadísimos e inverosímiles, así como el abuso de máquinas y apariencias en la tramoya que sometían al espectador a una tensión nociva. Para Luzán, la poesía dramática, al ser representada, debería ofrecer al público rasgos morales y ejemplares y, en cuanto a la forma, ofrecer un corpus organizado conforme a la manera de Molière, Racine y Corneille, respetando las tres unidades de acción, lugar y tiempo.

Luzán es quien fija las normas poéticas del siglo XVIII y ya en la aplicación de estas normas a la poesía hay que destacar las fábulas de Samaniego, considerado impío y volteriano. Hechas por encargo del Seminario Real de Nobles, a la manera francesa de La Fontaine, con argumentos que procedían del griego Esopo y de los apólogos árabes. Hacía en ellas crítica ejemplar y moralizadora del tejido social, a la que no faltaba cierta zumbonas o carronería, como se percibe en esta que reproducimos.

En ella se burla de los temas pastoriles, sacando una enseñanza moral, la moraleja. Salicio usaba tañer la zampoña todo el año, y por oírle el rebaño se olvidaba de pacer. Mejor sería romper la zampoña al tal Salicio, porque si causa perjuicio, en lugar de utilidad, la mayor habilidad en vez de virtud es vicio.

Otra faceta de la poesía es la erótico-festiva y sensual, de la que es su máximo ejemplar el poema en cuatro cantos de don Nicolás Fernández de Moratín, Moratín padre, que lleva por título El arte de las putas, no sabemos si parodiando el arte magna de Lulio. En su poema ofrece Moratín sus enseñanzas a los neófitos, explicándoles en qué lugares de Madrid pueden practicar con aplicación y recomendando a las mejores artífices. Hace crítica de una sociedad hipócrita que no permite las referencias a tan antigua actividad, al tiempo que blasona públicamente de los muertos conseguidos en cruentas batallas.

Demuestra la utilidad de este arte tan sano para los cuerpos jóvenes y vigorosos, en que, pese a las persecuciones sufridas en todas las sociedades, todas lo han practicado fervorosamente, sin arredrarse ante amenazas ni castigos. La obra fue retirada por licenciosa e incorporada al índice de libros prohibidos. Una tercera faceta que debemos consignar es la poesía cívica.

En ella se hace apología de los logros de la técnica, como en la oda a la imprenta de Quintana, o se lamentan desventuras patrióticas, tal es el caso de la sátira a Ernesto, de Jovellanos, de la que reproducimos su bellísimo comienzo. Déjame, Ernesto, déjame que llore los fieros males de mi patria, deja que su ruina y perdición la mente. Y, además de la poesía, estamos también obligados a recordar en el siglo XVIII el género epistolar, que Francia puso de moda a través de las cartas persas de Montesquieu, formulario literario epistolar que se extendió por toda Europa.

En España tenemos el ejemplo de José Cadalso, con sus escrituras, y sus cartas marruecas. La ficción de una correspondencia entablada entre un castellano viejo y dos marroquíes le sirvieron de pretexto para sacar una serie de temas propicios para la reflexión y la crítica. Su prosa, de indiscutible pulcritud, peca en ocasiones de excesivo didactismo.

Reprende con fina sátira, aunque procura no zaherir con su crítica. Y, para terminar, una obligada referencia al teatro y a su significado. Leandro Fernández de Moratín, Moratín hijo, es uno de los principales dramaturgos.

El teatro era el espectáculo de masas de la época, y por tanto se le pedía que respondiera a situaciones verosímiles, que transcurrieran en un tiempo lógico y en un lugar acorde con la acción. Se consideraba al teatro un medio para enseñar al espectador. Desde la Junta del Consejo General del Teatro, Moratín propició su reforma, y, por supuesto, desde el texto de sus comedias.

Oigamos el parlamento de uno de sus personajes de la comedia nueva, en la escena cuarta del acto primero. Sabemos que a nuestros ilustrados no les gustaban tampoco los ainetes de Don Ramón de la Cruz, porque consideraban que halagaban gustos demasiado plebellos. Se emprendió la formación de una Junta de Dirección de Teatros, que dirigió el propio Moratín.

Desde ella se ratificó la impopular medida de prohibir los autos sacramentales, porque consideraron que inducían al equívoco, fomentaban la trivialización del sentimiento religioso, y arraigaban las creencias supersticiosas del vulgo. Hasta aquí ha llegado esta visión sobre el pensamiento y la literatura españolas en el siglo XVIII, siglo de la Ilustración. Este sábado a las nueve de la mañana hablaremos del ARRA.

Por hoy nada más. Gracias por vuestra atención y hasta mañana, en que daremos unos rasgos generales del derecho penal en Introducción al Derecho. Este sábado, a las nueve de la mañana, en Aula Abierta también un espacio del curso de acceso, en el que se dedicará a Mariano José del ARRA, un testigo de primer orden en sus artículos y escritos de la sociedad española del primer tercio del siglo XIX.

Aula Abierta, este sábado, dedicada al ARRA. Antes de irnos, seguimos con el capítulo de avances. Mañana viernes nuestra programación girará en torno al mundo jurídico.

En Revista de Derecho, dos materias, Historia del Derecho y Derecho Político. En el espacio El Problema Jurídico seguiremos con el tema de la Comunidad Económica Europea y sus relaciones con España. Pero además, en Vida y Salud, continuaremos con la serie Donación y Transplantes de Órganos.

Y en el espacio Clave de Ayer, Clave de Hoy, seguiremos escuchando la música de Amancio Prada. Hasta mañana entonces. Volveremos a partir de las ocho de la noche.